

David Harvey

«Espacios de esperanza»

MADRID: EDICIONES AKAL, 2003, 328 págs.

por Ovidio Delgado Mahecha

EL AUTOR:

Geógrafo, Profesor Asociado, Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia.

E-mail:

odelgadom@unal.edu.co

Al lado de los pregoneros del “fin de la historia” se sitúan quienes aseguran que también la geografía ha muerto. Según esta tesis, el capitalismo ha alcanzado formas, relaciones y procesos espaciales absolutos y definitivos. La globalización, dicen, con sus redes jerárquicas, constituye el marco espacial perfecto, desterritorializado y homogéneo en el que fluirán libremente las mercancías. Así las cosas, las únicas transformaciones espaciales posibles son aquellas encaminadas a integrar al capitalismo las regiones rezagadas. En otras palabras, estos tiempos que vivimos no son hábiles para pensar en otros mundos posibles; la utopía ya no tiene sentido. Tal vez quienes comparten este diagnóstico hoy son una legión.

En contravía de esta argumentación, en *Espacios de esperanza* el geógrafo David Harvey reivindica la necesidad de construir un utopismo dialéctico que permita diseñar alternativas a las espacio-temporalidades injustas producidas por el capitalismo. Lejos de considerar el utopismo como idealismo sin consecuencias materiales, Harvey sostiene que las utopías han sido proyectos alternativos a mundos desordenados y degenerados. Asuntos como el urbanismo, la planificación urbana, los grandes proyectos geopolíticos como el colonialismo, el imperialismo o el socialismo, tienen como germe el pensamiento utópico diseñador de ciudades ideales, paraísos sociales, imperios mundiales o mercados libres y globalizados. Y nos recuerda que el utopismo de formas

espaciales o de procesos que se espacializan, tiene una larga historia. Así, las primeras utopías de carácter espacial tenían forma urbana; en ellas, como paraísos o como infiernos, las metáforas espaciales abundan: la ciudad celestial, la ciudad de Dios, la ciudad eterna y la ciudad resplandeciente. La *Utopía* de Tomás Moro tiene una estructura espacial y sus respectivos controles espaciales sobre la moral y la política. Y son también de forma espacial la utopía de Robert Owen, la ciudad ideal de Fourier, la Ciudad Jardín de Howard y los sueños de Le Corbusier.

Examinando en detalle la ciudad de Baltimore, Harvey presenta ejemplos claros de cómo la utopía burguesa de la expansión suburbana, el deseo utópico burgués de garantizar comodidades aisladas y protegidas, y el individualismo de la propiedad, han creado un paisaje de desmesurado crecimiento horizontal de baja densidad, con predominio del automóvil y fuertes impactos ecológicos, económicos y sociales negativos. La materialización parcial de estas utopías, sostiene, ha sido facilitada por el ejercicio del poder que generalmente desemboca en autoritarismo, por los subsidios del Estado al capital y por una alianza en la que el sector público asume los riesgos y el sector privado se queda con los beneficios.

Harvey comenta y critica otras utopías de escala mayor y sobre las que la historia tiene buenos ejemplos. La "civilización" europea que llega a todos los rincones del planeta aplanando el mundo en busca de eliminar diferencias; una raza germana que se cree superior, con el sueño de ampliar su espacio vital a todo el globo; una nación que cree que su destino manifiesto es gobernar el mundo y lleva la guerra a cualquier rincón del planeta para imponer la democracia; la utopía capitalista del mercado libre, de Smith y de los neoliberales, cuyas consecuencias geográficas, como el desarrollo geográficamente desequilibrado, la concentración de la renta y de la riqueza, la destrucción de otras culturas o la degradación ambiental, aún no han sido suficientemente evaluadas.

Como puede notarse, las utopías no siempre conducen a mundos felices. Algunas, tal vez la mayoría, se pervierten, pierden su pureza, se degeneran en sus procesos de materialización y producen resultados opuestos a los buscados, verbigracia, aumento del autoritarismo y las desigualdades en vez de democracia e igualdad, y vale esto tanto para las utopías socialistas como para las capitalistas. Harvey sugiere que la pureza de cualquier utopismo de forma espacial o de proceso social, se altera por su forma de espacialización y por las espacializaciones preexistentes, y es condicionada

por los ordenamientos dominantes que actúan como impedimentos, como frenos o como catalizadores.

Las utopías chocan con los marcos espaciales, con las temporalidades y con las particularidades de construcción de los lugares necesarios para su materialización. En el caso de las utopías de mercado libre, Harvey nos muestra sus contradicciones fundamentales al señalar cómo los Estados Unidos, después de la Segunda Guerra Mundial, intentaron implantar un nuevo orden mundial capitalista de libre mercado, supuestamente democrático, utilizando la persuasión y la violencia, de modo que la globalización capitalista, lejos de resolver sus propias contradicciones socioespaciales, ha profundizado las existentes o ha creado otras. La globalización, para Harvey, es una materialización degenerada de la utopía burguesa, contra la que cabe adelantar nuevos proyectos espacio-temporales, no necesariamente como otros espacios, sino como verdaderas alternativas a los espacios producidos por el capitalismo, es decir espacios y espacialidades anticapitalistas.

Harvey propone construir una utopía que integre en forma dialéctica el proceso social y la forma espacial, que tenga en cuenta los problemas materialistas de la autoridad y el cierre. La autoridad legítima que no desborde en autoritarismo y el cierre temporal o permanente, que limite la utopía, la materialice y la despeje de toda broza idealista. La tarea, dice (226), "es definir una alternativa, no en función de una forma espacial estática, ni siquiera de un proceso emancipador perfecto. La tarea es reunir un utopismo espacio-temporal –un utopismo dialéctico– enraizado en nuestras posibilidades presentes y que al mismo tiempo apunte hacia diferentes trayectorias para los desarrollos geográficos humanos desiguales". Y prosigue (267): "Imaginemos que somos arquitectos, armados con una amplia gama de capacidades y poderes, insertos en un mundo físico y social lleno de manifiestas restricciones y limitaciones. Imaginemos también que estamos luchando por cambiar ese mundo. Como astutos arquitectos inclinados a la insurgencia que somos, tenemos que pensar estratégica y tácticamente qué cambiar y dónde, cómo cambiar qué y con qué herramientas. Pero tenemos también que seguir, de alguna manera, viviendo en este mundo. Éste es el dilema fundamental al que se enfrenta cualquiera que esté interesado por el cambio progresista".

No es del alcance de esta nota discutir la propuesta mencionada en el párrafo anterior. Pero sí queda abierta la invitación a pensar en el asunto de las alternativas a las espacio-temporalidades del capitalismo, tanto en escalas locales como regionales y globales, si es que al menos nos sentimos inconformes con ellas, y si cree-

mos que ni la historia ni la geografía han llegado a su fin.

Por nuestra parte, acogemos el llamado de Harvey a apostar nuestros restos a una nueva utopía dialéctica que ponga en primera línea nuestro interés por la transformación; que dirija nuestra práctica política hacia la creación de un nuevo orden socio-ecológico, que nos permita reconstruir nuestras relaciones sociales y con la naturaleza, en un marco de democracia y justicia social, más allá de las simples expectativas redistributivas. Estamos de acuerdo con una utopía que reconfigure la combinación del repertorio de potencialidades humanas de competitividad, aclimatación, cooperación, adaptación al medio, y de ordenamiento temporal y espacial, como alternativa al sesgo individualista y competitivo del dar-

winismo social. Aceptamos la invitación a imaginar ordenamientos espacio-temporales alternativos, en donde las colectividades y los individuos puedan satisfacer a plenitud sus necesidades y sus deseos; en donde el trabajo tenga los mismos derechos de movilidad del capital, la discrepancia política no obligue al desplazamiento forzado y el movimiento geográfico de las personas sea voluntario; en donde el derecho a la diferencia incluya también el derecho al desarrollo geográfico diferente. La utopía alternativa debe reivindicar el derecho a la producción social del espacio para poder reconstruir las relaciones espaciales y las formas territoriales, más que reclamar, apenas, el derecho a circular dentro de un mundo preordenado espacialmente por el capital.